

F 1386

G 66

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

La Vida de México en 1810

LIBROS Y PAPELES
DEL PROFESOR
FULGENCIO VARGAS
GUANAJUATO, GTO.

CAPÍTULO PRIMERO

COMO ERA LA CIUDAD ENTONCES

I

Las calles y los coches. — Carros, caballos y peatones.

México en 1810 presentaba un aspecto bastante diferente al de ahora, en las calles, en las plazas, en los edificios y en las tiendas de comercio, aunque hoy conserva todavía muchas cosas que han persistido sin cambiar del todo.

Más de cuatrocientas calles y callejones tenía entonces la ciudad, que ostentaban en las esquinas, y en placas de barro vidriado con negros caracteres del siglo XVIII, los nombres que les habían impuesto; y eso sí, la mayor parte eran anchas, espaciosas y tiradas á cordel.

Las aguas que procedían de las lluvias caían resbalando hacia el arroyo, donde estaban las atarjeas: los empedrados presentaban un marcado declive desde la banquetta hasta el centro de la calle; declive que á veces parecía escarpada loma, con grandes diferencias de una á otra calle; y los pavimentos de mal aspecto é incómodos á toda clase

de trausentes, porque para andar por ellos, se fuera á pie, á caballo ó en coche, había que subir y bajar, yendo los caballeros con sumas precauciones á fin de no caer con cabalgaduras y todo, é inclinándose los coches, á diestra ó siniestra, según el lado de la vía que recorrieran.

¿Y las banquetas? Con excepción de las que rodeaban el atrio de la Catedral, eran las restantes más ó menos defectuosas, ligeramente inclinadas, muy angostas, de losas diferentes en color y tamaño, lisas, separadas entre sí, convexas, y limitadas de trecho en trecho por unos pilarcillos que fueron la eterna pesadilla de nuestros bisabuelos; pues los tales pilarcillos, decían, «son perjudicialísimos, así porque estrechan el paso por las banquetas, como porque á todas horas, de noche y de día, están las gentes tropezando con ellos, lastimándose gravemente las piernas: lo que los precisa á andar siempre con mucho cuidado por las banquetas, para evitar tales accidentes, no bastando todavía esto, para libertarse siem-

pre de darse algún doloroso golpe¹ ».

Los malhadados pilarcillos « no traían ni aun la más ligera conveniencia, porque lo que se pretextaba de que impedían el que las ruedas de los coches no treparan las banquetas, carecía de fundamento... »; y además, « los cocheros en lugar de dirigir las ruedas por la inmediación de las banquetas, se guardaban bien de aproximarse, porque su encuentro retardaba el movimiento, hacía trabajar más á las mulas y maltrataba las mismas ruedas ». En cambio, los molestos pilarcillos no estaban en las calles en que era uno mismo el nivel de banquetas y empedrados, lo que daba lugar muchas veces á que las ruedas de los carruajes pasaran por los enlosados, arrimándose en no pocas ocasiones hasta las puertas de las casas.

¡Las atarjeas de las calles fueron otro motivo de justas lamentaciones! La parte superior estaba sumida « bajo la orilla inferior del empedrado »; las losas muy convexas y muy lisas; entre unas y otras había grandes aberturas, lo que daba lugar á que se desprendiesen miasmas molestos y dañosos, y á que las pobres bestias, y aun las gentes, resbalasen, metieran las patas ó los pies, según fuesen bípedos ó cuadrúpedos, y á que no pocos individuos ó animales, anduviesen por resultas de esto, cojos ó perniquebrados².

Los coches que en 1810 rodaban por las calles pasaban de dos mil qui-

1. *Diario de México*, artículo *Banquetas*, tomo XIII, pág. 169.

2. Para comprobación de lo arriba dicho, véase el *Diario de México* de 1810, artículos intitulados *Calles*, *Banquetas* y *Atarjeas* etc., tomo XIII.

nientos, y á medida que el lujo iba en aumento, crecía el buen gusto en ellos, pues á las pesadas tallas de los antiguos forlones y carrozas, había sucedido la sencillez en los adornos; á las antiguas molduras, los mejores charoles, comparables á los barnices extranjeros; porque es de advertir, que ya por aquella fecha se fabricaban coches en México y en la casa de D. Manuel Tolsa¹.

Crecido también era el número de carros que diariamente recorrían las calles, incomodando con el ruido infernal de su tráfico, cimbrando los edificios con lo pesado de las cargas, estropeando el empedrado, y causando no poca alarma á los buenos habitantes de aquellos tiempos. Los carros iban tirados por cuatro mulas, colmados de piedras, sacos de harina, tercios de azúcar, barriles de vino ó de pulque, y los más « de una porción de vigas, y encima de ellos el conductor, que conservando un perfecto equilibrio con las rodillas, un poco encorvado y separados los pies, con la una mano dirigía los brutos y en la otra llevaba una vara larga con su corderillo, que en el remate tenía atada una pequeña piedra, la que le servía de látigo²... » Estos carros carecían de lanzas; y ahí era de verlos rodar como desbocados en las bajadas de los puentes!

¡Ah! Los puentes todavía cruzaban muchas vías para dar paso sobre las antiguas acequias ó canales; estas acequias habían sido el legado de la ciudad azteca á la ciudad española, con aguas sucias y pestilentes, feas á

1. *Idem*, tomo XII, pág. 189.

2. *Diario de México*, del Sábado 17 de Febrero de 1810, pág. 189.

la vista y venenosas para la salud de los vecinos.

Como hoy los vagones eléctricos, las bicicletas y los automóviles, son terror y espanto de los medrosos peatones, en 1810 lo eran los coches, los caballos y los cargadores.

« Señor Diarista — clamaba un buen vecino de aquel tiempo viejo; — vuesa merced que es paño de lágrimas, báculo de la vejez, padrino de grandes y chicos, órgano del público, etc., etc. ¿quiere vuesa merced decirme qué pecado han cometido los que como yo nacen, vegetan y subsisten pobres, para que los ricos y los que tienen medianas proporciones los opriman por arriba y por abajo?... Muchos son pobres sin destino, y sin embargo de esto se presentan con levita de moda, pantalones, botas lustrosas y rechiantes y gordo garrote torneado: hay pobres empleados con poco sueldo, muy galanes unos, muy trapientos otros: hay pobres artesanos humildemente vestidos, pero calzados, y entre ellos los hay también, que por su empaque son conocidos por de la *chichi pelada*; y hay pobres pordioseros, nocturnos, romancistas de las esquinas, que pasan la vida con los mendrugos y bachichas que les ofrecen sus piadosos creyentes!... »

Y este *introito* lacrimoso dirigido al buen *diarista*, venía encaminado á protestar en nombre de esos pobres, que andaban por las calles de México en 1810, con ojos saltados por el espanto, con piernas aligeradas por el miedo de ser arrollados bajo un charolado coche, atropellados por un caballo

1. *Diario de México*, tomo XIII, págs. 101 y 102.

brioso, ó derribados, pies arriba, por una bestia cargada, vulgo *mozo de cordel*.

Era de verse á los pobres aludidos, en los días de fiesta, enredados por



EL COCHERO

entre carruajes y caballos, correr á escape de los cocheros, que montados en sendas mulas, les sacaban todo el brío con los látigos y espuelas, encajando los carruajes por en medio de la gente, « para que los señores y señoras », que en ellos iban muy « repantigados », se divirtieran con los brincos, carreras y sustos de los pobres, que huyendo del peligro, embarazándose el paso unos con otros, eran víctimas de frecuentes atropellos.

« Soy testigo ocular — decía aquel buen vecino — de algunas de estas desgracias », y puedo acreditar que entre la chusma cocheresca, cuya mayor

parte se forma de la ínfima plebe, hay muchos bribonzuelos engreídos, que cuando ven á un hombre á corta distancia atravesar una calle, violentan el paso de las mulas, para hacerlo correr: en este apurado trance me he visto muchas veces, y confieso que lo he sufrido, porque no hay un juez de policía á quien llevar mi queja; pues aunque mis puños me proporcionan el impulso necesario para escarmentar al atrevido, no me permiten las leyes tomar satisfacción por mi propia mano¹. »

¿Y los jinetes? También «ellos se divierten con la función, y también con los de á pie, porque los hacen estirar las zancas, huyendo de sus malditas ginetadas, con doble diligencia, porque tratan de escaparse de dos brutos, que son el caballo y quien lo monta². »

Los cargadores que transitaban por las calles el bendito año de 1810, inspiraron al buen vecino tremendas catilinarias. Eran una multitud, dice. Conducían en las espaldas, en los hombros y en las manos, pesados tercios, largas y gruesas vigas, y grandes cazuelas de espeso y caliente mole.

Imaginad al *escobero* picando con las puntas de los *popotes* á un distraído trausente; al *sebero* untar el rostro de un meditando poeta con la pestilente mercancía; al vendedor de *asaduras sancochadas*, manchar el flamante levitón de un almibarado *petimetre*; la *chimolera*, unguir con sus albóndigas ó mondongo hirviendo, la mantilla airosa ó la ajustada basquiña de una currutaca; al conductor de vigas,

1. *Idem, idem*, pág. 102.

2. *Idem, idem*, pág. 103.

agobiado por el peso, derribar á un sesudo Oidor de pelucón, gorguera y garnacha.

Pero si el bullicio de coches y carretas, si el caracolear de caballos, si el ir y venir de mercaderes ambulantes, que con roncas ó chillonas voces pregonaban á todas horas del día, frutas, dulces, nieve y toda clase de golosinas y baratijas, incomodaba á los vecinos estantes y habitantes de la ciudad de México el año 1810, la noche con su manto negro y estrellado ó con la gasa transparente de la luna, no los dejaba tranquilos en apacibilidad silenciosa.

Un vecino ocioso ú ocupado que transitara las calles antes del *toque de la queda*, se vería expuesto á que el buen *sereno*, trepado en alta escalera, al encender los faroles del alumbrado le propinase un lustroso baño; al encuentro desagradable con el *carro nocturno*¹, formado por horizontal barrica, montada sobre un eje y dos ruedas, que arrastraba paciente mula dirigida por asqueroso conductor; el cual, al son de campana había llamado á los que tenían que vaciar sus pestilentes vasos en aquel horroroso coche; coche que iba escurriendo líquidos y esparciendo á ciencia y paciencia de la higiene, los perfumes que cantó el inmortal Quevedo; á tropezar, por último, aquel vecino y ponerse triste con el *Rosario de Animas*, cuyos cofrades acompañaban el monótono *tilin, tilin*, de su campanilla, con voces plañideras con que pedían se rezara *un Padre Nuestro* y *un Ave María* por el descanso eterno del alma de Don Fulano de Tal; y si el vecino mencionado excursio-

1. *Diario de México*, tomo XII, pág. 434.

naba después de que había sonado *la queda*, podría ser víctima de un robo, de un asesinato ó de caer en garras de la ronda.

Los que dormían en duro suelo ó en blandas plumas, no padecían menos incomodidades. Las campanitas de los conventos, ya de monjas ó de frailes, el aullar tristísimo de un perro callejero ó el maullido de un gato enamorado desvelaban al más fiel devoto de Morfeo.

Y sólo en algunas calles desiertas del centro, calles de suntuosas moradas en que vivían ricos comerciantes, condes y marqueses, apenas se oían las

de los buenos tiempos del Virrey Revilla Gigedo; — linterna con lámpara de aceite, y seguido de perro fiel, único compañero en sus noches frías ó lluviosas....

II

Los nombres de las calles. — Mesones y hospederías. Casas, plazas y barrios.

México en 1810 estaba dividido en ocho cuarteles mayores y treinta y dos menores. Contaba 304 calles, 140 callejones, 12 puentes, 64 plazas, 19 mesones, 2 posadas, 28 corralés y 2 barrios¹.

La mayor parte de los nombres de esas calles subsistían hasta hace pocos años, pero otros muchos ya habían desaparecido. Ninguno recuerda hoy las calles llamadas de Andalicio, de Apahuázcán, del Cristal, de Ceballos, del Copado, del Destierro, de Garay, de las Gradas, de la Higuera, de Lafranco, del Lavadero de los Canónigos, del Obrajito, de Moreón, de Cueritos; y de los puentes de San Marcos, Santa Cruz y Navajas. Muchos callejones han perdido su nombre antiguo, pues hoy tampoco nadie recuerda los que se llamaron de la Bizcochera, de las Camoterías, de los Cedaceros, de Chichimecápan, del Cebollón, de Coconepan, de Campanel, de Doña Andrea, de la Dama, del Egipto, de la Hacienda de Santa María, de Juanico, de Loquitos, de la Locería, de Mata, de Hormigas, del Picadero, de Papitas, de Palina, de



EL SERENO

lentas pisadas del sereno, que iba por la banqueta calzando *botas de campana*, vestido con calzoneras y capote, chuzo al hombro, sombrero forrado de hule — única prenda que le había quedado

1. *México dividido en Cuarteles Mayores y Menores. Nombres de sus calles. Los de sus Jueces y Alcaldes*, etc., pág. 47. (Edición de 1811, impresa por Manuel Antonio Valdés.)

la Pinta, de Cuátlan, del Santo Eccehomo, de Solito, de San Cristóbal, de Titiriteros, del Torito y de los Zopilotes.

Trabajo tendría el que intentase identificar esos nombres con los flamantes que hoy llevan nuestras calles y callejas; porque algunos han acabado al par que las pequeñas industrias que tenían sus habitantes; no pocos han sido rebautizados al capricho ó con cifras cabalísticas, que no pudieron ó no quisieron retener nuestros contemporáneos, y no muchos, han desaparecido por completo, al derrumbarse manzanas enteras de casas. Tan difícil sería aquello, que sólo buscar la sinonimia de las calles que llevaban en 1810 los nombres de 1ª y 2ª de la Monterilla Vieja, situadas en cuarteles distintos á los que hoy ocupan las calles del mismo nombre, demandaría mucho tiempo y engolfarse en los registros de antiguos planos y papeles.

La misma empresa y labor ocuparía al que buscara en el Portal de Mercaderes, el *Cajón* de D. Francisco Quintanilla, donde en 1810 estaban á la venta los billetes de la Real Lotería; la *Tienda de Modas*, situada en una de las calles de San Francisco, en que un francés, Pedro Le Roy, expendía las *tinturas de Girón* para los dolores de cabeza; las boticas de Santa Inés, del Refugio y de la Esquina del Portal de Santo Domingo; las platerías, de las calles del mismo nombre con sus aparadores deslumbrantes por custodias, copones, vajillas y filigranas, y las librerías de Galván y de Manuel del Valle, en la calle de Tacuba, y la de Arizpe, en la Monterilla¹.

1. Todos estos datos los tomó del *Diario de México*, tomos XII y XIII.

Los nombres de varias plazas también se han mudado. ¿Cuáles fueron la de Colgatongo, del Copado, de los Mercedarios de San Pedro Pascual, de las Vacas, de Tremiño, de los Viejos y de Zavala?

El año de 1810 no había como ahora hoteles suntuosos con elevadores, baños y *restaurants*. La buena ciudad de entonces, como ya dijimos, contaba sólo 19 mesones y 2 posadas para alojar á los viajeros que venían de la Península por el puerto de Veracruz ó de la América del Sur por la vía de Acapulco. Allí, en esas viejas posadas y mesones, eran huéspedes los colegiales que cursaban en la Universidad ó que llegaban para graduarse de bachilleres ó doctores; los curas que caminaban leguas enteras persiguiendo una canongía; los canónigos que viajaban en pos de una Mitra; los comerciantes que traían las *conductas* de las platas, procedentes de los minerales, y los arrieros, que con mucha frecuencia entraban en México con recuas de mulas cargadas de productos y mercancías del interior ó de tierra caliente.

Apenas quedan hoy algunos de los mesones existentes en 1810. Sus nombres sí los sabemos, y por ser pocos los consignamos aquí, como memoria de cosas viejas. Las dos posadas se llamaron de Atanasio y de Sinfrosa, muy céntricas ambas, pues estuvieron en los cuarteles Mayor número 1 y Menor número 2. Los mesones ostentaban rótulos más ó menos legibles ó historiados, en que podían leerse los nombres de Aldana, de Animas, del Angel, de los Cinco Señores, del Chino, de la Garrapata, de la Herradura, del Parque del Conde, de Regina,

de San Vicente, de San Juan Evangelista, de Santo Tomás, de San Dimas, de San Antonio, de San Cayetano, y los de cuatro que la fama ha callado sus nombres, hayan sido éstos de santos ó de cosas profanas y vulgares.

Para bestias, carros y coches de camino, había corrales ó *pensiones*, como se dice ahora. Posaban las primeras en las cuadras ó bajo los cobertizos de tejados que había en los corrales, que eran también hospederías de toda clase de vehículos rodantes. Tuvo México en 1810 el corral de Andrea Vázquez, el de las Animas, el de Bernabé León, el de Basurto, el de la Cal, el de los Carros, el de Fermín, el del Granillo, el de Illescas, el de Jurado, el de la Lechera, el de Nuestra Señora del Rosario, el de Ortiz, el de Onorato — sin *h* como va escrito — el de Peralta, el de la Parcialidad de San Cristóbal, el de Quesadas, el de Rivera, el de Santa Bárbara, el de San Pablo y los de Soriano¹.

Los barrios de la Ciudad eran polvosos, llenos de basuras; pastando en los que había algún zacate anémico, vacas escualidas, rocinantes hambrientos, asnos llagados; revolcándose en los pantanos cerdos, cebados con inmundicias; y saltando entre las trancas de los corrales, ó por encima de los techos de sus miserables casuchas fabricadas de adobes, erguidos gallos ó maternales gallinas seguidas de la prole de vivísimos polluelos. Los perros famélicos husmeaban en los muladares, poblados de asqueroras moscas; léperos semidesnudos espul-

1. Los datos que consigna el *Diario* están contenidos en el opúsculo impreso por D. Manuel Antonio Valdés, págs. 18 á 46.

gábanse al rayo del sol, y muchachos harapientos, mugrosos y enmarañados trepaban en los pocos árboles, allí solitarios, ó jugaban á la guerra y á pedradas. Esos barrios estaban poblados de miseria, de insalubridad y de incuria y no pocas veces eran teatros de escenas horrorosas, en que dos tenorios ensabanados ó dos ebrios enfurecidos por el pulque, con sombreros por escudos y filosos y agudos puñales por armas, se disputaban la vida ó rasgaban sus carnes encharcando el piso polvoriento de aquellos sitios abandonados, en los que no había ni un policía ni un farol, que pusiera término ó alumbrase esas riñas vanales y sangrientas¹.

Sólo el barrio de la albarrada de San Cosme, era alegre y pintoresco, con huertas y jardines plantados desde el siglo xvi por los primeros conquistadores y vecinos, y atravesado por el acueducto que conducía el agua de los manantiales de Santa Fe, con una fuente monumental en la garita de la Tlaxpana y una Caja de agua en el crucero de las bocacalles de San Andrés, Santa Isabel y Puente de la Mariscala, donde remataba aquella arquería del acueducto, que junto con el que venía desde Chapultepec hasta la fuente del Salto del agua, surtían ambos del precioso líquido á los habitantes de México en 1810.

Las calles y las plazas estaban limitadas por los inmensos muros de los conventos de frailes y de monjas; por las cercas con arcos invertidos de los atrios de los templos, en cuyos ángulos muchas veces se levantaban altas

1. Sobre el desaseo de la ciudad véase el *Diario*, tomo XIII, pág. 422 á 424, y 430 á 435.

cruces de piedra, y por las fachadas de los edificios públicos ó particulares, construídas las más de tetzontle; muchas conservando todavía el aplanado de arabescos ó figuras caprichosas de estilos usados en los siglos XVI y XVII; otras con nichos de santos y con leyendas religiosas grabadas con letras en alto relieve, y bastantes, que eran habitación de hijosdalgo ó de títulos de Castilla, ostentaban orgullosas los escudos de su nobleza, esculpídos en



EL AGUADOR

pedra ó magníficamente tallados en las hojas de las puertas, herradas éstas con sendos clavos y provistas de aldabones colgantes, que figuraban monstruos, garras, ó rostros fabulosos¹.

En las ventanas bajas y altas de las casas y edificios, y en los balcones, podían verse grandes rejas salientes, barandales de fierro legítimode Vizcaya, y cerrados miradores de cristales más

1. Como puede verse todavía en las puertas de la Casa de los Condes de Santiago, situada en la calle de Jesús, y en otras casas que pertenecieron á títulos de Castilla.

ó menos grandes, sostenidos con marcos de plomo y cubiertos de tejados¹.

Todavía el año de 1810 la ciudad de México presentaba en casas, palacios, hospitales y conventos, modelos de cada uno de los estilos que en el curso de tres centurias habían caracterizado la arquitectura colonial, desde el plateresco hasta el de Churriguera que tanto predominó en el siglo XVIII; positivo lujo y derroche de imaginados y fantásticos adornos. Apenas comenzaba Tolsa á hermohear la ciudad con sus elegantes y clásicos edificios.

Todavía, también, en aquel año memorable, en los muros de algunos edificios, y en el centro de las plazas podían verse fuentes públicas, alcantarillas y chorros de agua, de donde se proveían las buenas gentes de la ciudad, y donde podía estudiarse minuciosamente el legendario aguador con toda su indumentaria *cueruna* y trastos de barro, heredados de sus progenitores, los primitivos aztecas de la antigua Tenochtitlan.

Y todavía, por último, en las paredes de los templos ó de los monasterios, se hallaban imágenes pintadas ó esculpídas, llamadas á la sazón *estampas*, y pendientes de *pies de gallos*, farolillos de cristal que se alumbraban con lámparas lacrimosas de aceite, y ardían todas las noches, encendidas algunas á costa de un devoto, católico y observante.

Las plazas y plazuelas servían para bien diferentes usos. Rara era la que tenía árboles, más rara la que contaba

1. *Diario de México*, tomo XIII, pág. 82, y algunas estampas del primer tercio y mediados del siglo pasado.

con un jardín como ahora, y en ellas se instalaban muy temprano las ordeñas de vacas, los sitios de coches, los carros, y en la de Santo Domingo toda clase de efectos que en carretas ó en mulas, llevaban allí los comerciantes para registrar sus mercancías y pagar al fisco los derechos en la Real Aduana, que hacia el oriente, y frente al Portal de la misma plaza, tenía sus oficinas en amplio edificio construído por el Tribunal del Consulado.

Otras plazas, como la del Volador, servían de mercado; la de la Cruz del Factor, de baratillo; y la de Mixcalco, para ejecuciones de justicia, cuando los reos no eran ahorcados ó agarrotados en la picota pública¹.

III

La Plaza de Armas.

La *Plaza de Armas* ó *Plaza Mayor* — como de las dos maneras se le designaba entonces — tenía las mismas dimensiones que la actual, estaba limitada por los mismos edificios y portales, pero en el centro de ella existían el monumento á Carlos IV y el mercado del *Parián*.

La fachada del Real Palacio era semejante á la de ahora, solamente que arriba de la caseta del reloj había otra campana tradicional, distinta á la que hoy se ve debajo del nuevo reloj. Todas las ventanas de los entresuelos ostentaban grandes rejas como las que todavía existen en uno de los lados

1. Precisamente en 1810 fué ejecutado en la plazuela de Mixcalco un tal Anastasio Lora, que había asesinado á su mujer. *Diario de México*, tomo XII, págs. 373 á 375.

de la fachada, y cerca de la puerta llamada de Arista, un poco más al Sur, hubo otra puerta baja y angosta que servía de entrada á la Cárcel de Corte, departamento que ocupó el sitio en donde está actualmente la Secretaría de Hacienda. En la parte superior de las puertas central y meridional, y á uno y otro lado, se veían claramente las inscripciones con los nombres de Carlos II y Felipe V, reyes de España, y los escudos de la nación con los leones y castillos. Los balcones contiguos al baluarte de la esquina S. O. se hallaban cubiertos con miradores de cristales, lo mismo los que daban á la plaza que los que caían á la calle de Meleros.

A la derecha del Real Palacio, con vista hacia el Sur, erguíase como ahora la suntuosa Catedral, ya concluídos á la sazón sus dos altas torres, la esbelta linternilla de la cúpula principal y las balaustradas de cantería y demás adornos que por ese tiempo le había puesto el célebre arquitecto valenciano Tolsa, y obra del mismo eran los accesorios del muy amplio cementerio y despejado atrio, limitado éste en los ángulos del frente por las cruces de la Parroquia de San Pedro y San Pablo y de Mañozca, respectivamente colocadas hacia el Poniente y hacia el Oriente, y rodeado todo el atrio, por ciento veinticuatro postes de dos varas de altura, colocados á proporcionadas distancias, pendiendo de unos á otros, ciento veinticinco cadenas gruesas y de fierro. Al pie de la torre Occidental, tangente á ella, podía contemplarse el famoso monolito del Calendario azteca, y hacia el Norte, en el ángulo N. O., esquina de las calles de

las Escalerillas y Empedradillo, la célebre Capilla de los Talabarteros, que adornaban en su interior cuatro curiosos lienzos de asuntos históricos y tradicionales.

Del lado izquierdo del Real Palacio, hacia el Norte, viejas casas había en la esquina; seguían después los Portales de las Flores, y mediando la callejuela, á continuación estaban las Casas de Cabildo, cerrando el Portal de éstas dos especies de baluartes en sus dos extremos.

Frente al Real Palacio, pero interpuesto en medio el *Parián*, los Portales de Mercaderes, con alacenas de juguetes y de libros, donde se vendían también la *Gaceta* y el *Diario*, reimpresiones



EL EVANGELISTA

de papeles políticos de la Península con las últimas noticias de la guerra, y caricaturas grotescas é iluminadas, representando á Napoleón y su Corte, ó á Pepe Botellas, el Rey intruso.

En los portales de la Diputación los escribanos públicos tenían sus notarias en cada una de las dos extremidades, cerrando la galería de la planta baja. En los de las Flores, sobre el suelo y ocupando los claros de las salidas, se expendían variedad de baratijas que han desaparecido para siempre, como los típicos muñecos de trapo, los toritos de cuero, solos ó en grupos, con su caporal montado en escuálido rocicante; picadores, toreros y bichos de cartón, movidos todos por medio de una cuerda, y todos ellos y otros más, mezclados entre otras mil baratijas, espejos, peines, aretes y anillos de piedras falsas, *patoles* y *colorines*, sartas de cuentas de vidrio ó de corales imitados.

En el mismo Portal de las Flores y en circunferencia de la Plaza, entre el monumento de Carlos IV y el mercado del *Parián*, bajo los arcos ó al aire libre, resguardados bajo sombras de petates ó de vicjos y desteñidos parasoles, estaban en 1810 los *evangelistas* ó escribientes del pueblo, que *pendoleaban* lo mismo en prosa que en verso, pues cuentan las crónicas que eran poetas, y tipos de otras cataduras muy diferentes á las que tenían los que conocimos en el Portal de Santo Domingo. Muchos de aquellos *evangelistas*, sentábanse en un banco, frente al Real Palacio, cubiertos con las sombrillas improvisadas, caladas las gafas en las narices, escribiendo en una tablita sobre las rodillas, teniendo á su lado el canino compañero y la canasta con el papel, la tinta y los demás chismes del oficio. Junto veíase á la cliente, de falda blanca y rebozo colorado de bolita, narrándole sus cuitas, sus celos,

EL PARIÁN Y LAS CASAS CONSISTORIALES
(De una litografía antigua mexicana).

sus amores mal correspondidos, acompañados los relatos de iras y de lágrimas, de ademanes elocuentes, que daban *el tono* para que el popular escritor, trasladase al papel, timbrado « con un corazón atravesado por una flecha », las confidencias de la mal correspondida hembra, que una vez concluída la epístola, pagaba dos cuartillas é íbase camino de las cárceles de Corte ó de la Acordada, para hacer llegar al ingrato sus doloridas quejas, mientras éste purgaba en una bartolina otras fechorías inspiradas por los dioses Caco, Venus y Birján¹.

El centro de la Plaza Mayor estuvo ocupado como ya se dijo por el monumento erigido al más bonachón de los monarcas españoles y por el *Parián*, donde radicaba el comercio de

los *chaquetas*, mercaderes que habían depuesto al Virrey Iturrigaray, por haber sido afecto á los criollos que anhelaban la Independencia en 1808, y que intentaron realizar sin guerras y legalmente.

Si el *Parián* era un edificio sin arte y constituyó un pegote en la amplia Plaza, en cambio el monumento á Carlos IV, con todos sus accesorios, le imprimía majestuoso aspecto y fué el mejor ornato que ha tenido la gran Plaza.

Se hallaba frente al Real Palacio, entre la puerta principal y la que era conocida entonces por Puerta de los Virreyes.

« Para dar más grandiosidad al monumento, se estimó conveniente al construirlo, elevar cuatro pies y medio el terreno destinado á contener la Estatua, y circunscribirlo con un muro

1. *Diario de México*, tomo XIII, pág. 26.

ataluzado de igual altura, terminado con un filete y una gran faja plana de poco vuelo. El revestimiento del muro de sillería dura, conocida con el nombre de Culhuacan, por ser éste el lugar de donde viene. »

La figura que ceñía el muro era elíptica, apenas sensible por su excentricidad, pues el eje mayor medía 136 varas y 114 el menor, presentando por consiguiente un aspecto casi circular. El pavimento que cubría su área estaba formado de labradas baldosas, distribuidas en variados y bien entendidos compartimientos, sirviéndose para formar las cadenas y sujetar el enlosado de sillares de cantería. El área extensa del monumento tenía desagüe, pues se elevaba dos pies y medio más que la circunferencia, rodeada ésta de una banquetta de tres varas de ancho y con una altura de seis pulgadas, con sus coladeras respectivas para el agua. Giraba á raíz del piso de banquetta, como parapeto ó antepecho, una balaustrada, con postes de cuatro en cuatro varas, sosteniendo alternados uno grande y otro mediano, vistosos jarrones de bella forma.

Fuera del muro y al nivel del piso de la Plaza, se veía otra banquetta, defendida con postes ó *guardaruedas*, igual á las de las aceras de la misma Plaza, y comunicada con éstas por espaciosas calles de más de treinta varas de ancho, y de sesenta la que conducía al atrio de la Catedral.

En las extremidades de los ejes que formaba la elipse del monumento, había simétricamente situadas cuatro puertas que daban entrada á la plaza de la Estatua, formando sus pies derechos pilastras y contrapilastras de orden

dórico. Las primeras con basa y capitel, y sin basa las segundas, « porque la parte inferior de ellas, desde los dos tercios de su altura... » se desviaba del plano vertical con suave inclinación, terminando con una castela inversa, que recogida en forma de voluta, « para apelar mejor las pilastras », en las que descansaban vistosos jarrones etruscos á modo de remate.

Las hojas de las grandes puertas de hierro, pintadas de negro y de buena labor, de curiosos enlaces y adornos dorados, formando su remate otros adornos, cuyo centro ocupaba un óvalo, con las cifras iniciales del Virrey Marqués de Branciforte, con su Corona Marquesal, todo de bronce dorado, y en cada puerta en chapas de bronce, también dorado, se leía el trisagio de *Sanctus Deus*, etc.

Al lado de cada puerta y en la parte exterior había dos garitones á la izquierda y á la derecha, y junto de ellas en pies de madera faroles que se encendían todas las noches y que estaban sujetos en arbotantes de hierro.

Cuatro hermosas fuentes estaban fuera de la elipse, levantadas sobre un zócalo de ocho varas de diámetro, rodeado de diez y seis postes unidos con cadenas, y entre cada fuente ó pila, se levantaba un pedestal, con un mascarón en cada frente que arrojaba continuamente agua sobre vasos etruscos.

El pedestal de la Estatua estaba en el centro de la elipse, sobre un embalsamiento de planta octagonal con un diámetro de trece y media varas, formado de dos gradas cuyo peralte medía 9 pulgadas cada una y construído de piedra negra de Culhuacan. Encima se levantaba un zócalo de piedra de Chi-

luca, de media vara de altura y adornado de molduras labradas, sobre el cual asentaba el enverjado de hierro que rodeaba al pedestal. La altura de éste era de dos varas y media, con balaustres imitando una pica ó lanza con su moharra en lo alto, también de figura octagonal, y tenía una pilastrilla en cada ángulo labrado de piedra de cantería, que servía para afianzar el enverjado y soportar un jarrón de hermosa hechura y forma.

Sobre el zócalo había cuatro gradas circulares de un pie de alto cada una, con su bocelón y filete, y encima de ellas asentaba el pedestal de la Estatua, de forma casi elíptica en la planta. El zócalo era de Chiluca, color plomo: las molduras de la basa de la cornisa, los adornos de su dado, las pilas estriadas de los ángulos, todos de piedra de sillería, cuya blancura y grano seme-

jaba al mármol de Carrara, combinado con el color rosado de la piedra de Sincotel, de que eran los campos ó fondos del dado, que tenía en cada uno de sus cuatro frentes una lápida de cinco tercias de altura, y poco menos de ancho, conteniendo repetida con letras de bronce dorado con oro molido, la inscripción que sigue:

A. CARLOS. IV.
EL BENÉFICO. EL RELIGIOSO.
REY.
DE. ESPAÑA. Y. DE. LAS. INDIAS.
ERIGIÓ. Y. DEDICÓ.
ESTA. ESTATUA.
PERENNE. MONUMENTO. DE. SU. FIDELIDAD.
Y. DE. LA. QUE. ANIMA.
A. TODOS. ESTOS. SUS. AMANTES. VASALLOS.
MIGUEL. LA. GRUA.
MÁRQUÉS. DE. BRANCIFORTE.
VIRREY. DE. NUEVA. ESPAÑA.
AÑO. DE. 1796.

Coronando cada lápida se veía un medallón circular representando cada



EL MONUMENTO DE CARLOS IV (De un grabado antiguo).

una de las cuatro partes del Mundo. La América tenía el lugar preferente; seguía Europa á la derecha, el Asia á la izquierda y en la parte posterior el Africa, simbolizando sus matronas en bella y expresiva actitud, que todas sostenían al Monarca español.

El pedestal medía siete varas y media, adornado en sus lados mayores con trofeos de guerra, y otros de muy fina y oportuna elección repartidos en los cuatro frentes, todos de bronce.

El Rey estaba representado en la hermosísima estatua del habilísimo Tolsa, tal como se la puede ver todavía hoy, aunque situada en otro lugar y sin los accesorios artísticos de todo el monumento. El Rey va á caballo, vestido á la heroica, empuñando con la diestra el cetro en ademán de mandar un ejército. El caballo camina en actitud de andar pausadamente, « levantando la mano izquierda y el pie derecho, con la cabeza inclinada hacia la izquierda, para que haya contraposición exacta con la del Rey, cuyo traje ó adorno consiste sólo en un grande paño, sujeto con una banda que le cruza el pecho, y tiene ceñida la frente con una hermosa corona de laurel. »¹

IV

Las casas de comercio. Los cafés y Napoleón.

Fuera de la Plaza Mayor, en las calles más céntricas y aun en las más lejanas, en donde los espaciosos muros de los conventos no ocupaban las ace-

1. *Gaceta de México.*

ras : tiendas y accesorias, abrían sus puertas al comercio; pero las tiendas entonces no eran lujosas como ahora, ni tenían los aparadores de grandes cristales que tienen hoy.

Las boticas con frascos de vidrio y con tarros de barro, eran bien modestas; las tiendas de abarrotes, llamadas en 1810 de *pulperia*, con sus tapancos repletos de pilones de azúcar, sus *piqueras* para la venta de licores y sus grandes balanzas metálicas colocadas en el mostrador, presentaban aspecto muy diferente: los *cajones de ropa*, feos y oscuros, tenían toscas armazones de madera; los *estanquillos* de puros y cigarros, carecían de los escaparates y de los pavimentos de mármol ó mosaico que tienen las modernas tabaquerías; las barberías de los grandes espejos y de los cómodos sillones que ahora ostentan.

Fábricas de chocolate había muchas, porque nuestros abuelos se desayunaban con chocolate, tomaban chocolate á la hora de la siesta, bebían chocolate en la merienda, y cenaban chocolate á la hora de acostarse.

No tenía México entonces grandes salones de billares, pero sí *trucos*, con mesas tapizadas de paño verde y construídas de palo blanco; no había *restaurantes*, sino fondas ó almuercerías en las que servían platillos á la usanza del país: arroz á la valenciana, huevos estrellados, puchero, asados de pollo, chiles rellenos y *mole* de guajolote; ni contaba joyerías numerosas, que á la sazón lo eran sólo las platerías, donde con su artífice á la puerta, provisto de soplete, martillo y yunque, y á la vista de todo el público, fabricaba preciosas filigranas, ricos cálices, so-

berbías custodias y espléndidas vajillas de plata ú oro.

Y lo más abundante entonces, pues los había lo mismo en los portales, que en las calles más inmediatas á la Plaza ó en los barrios más apartados, eran los cafés; centros de reunión de escritores, de militares, de clérigos, y en general de gente ociosa, que iba á ellos, para beber el negro líquido, tomar dulces ó natillas, los más pacíficos; jugar á la malilla ó al tresillo, los menos viciosos; y los políticos, á componer el mundo, leyendo y comentando diarios y gacetas, en voz alta, á veces en tono destemplado, cuando los criollos imprudentes defendían ideas nuevas, ideas de independencia que ya no se ocultaban; ó cuando exaltados *chaquetas* ó realistas, hacían panegíricos hiperbólicos del Rey Fernando, « el amado, el deseado, el católico, el cautivo », porque los buenos españoles habían forjado un semidiós del ídolo más monstruoso, falso y repugnante.

Pero lo que en los cafés hacía subir las voces hasta el grito, era el disputar sobre Napoleón; porque Napoleón y su hermano José, el Rey intruso, constituían el tema de toda plática y atraían la atención pública en México. No había poeta ramplón, que no les disparase un soneto injurioso ó un epigrama sucio; no había predicador que en los púlpitos no los presentara como *entes diabólicos* vomitados por el infierno, y como modelos de impiedad satánica; no había periodista ó gacetero que no los llamase « crueles, tiranos, ambiciosos », y no había edicto

inquisitorial, ni pastoral de Obispo ó Arzobispo, que no fulminase en contra suya tremendos anatemas, como enemigos del trono, del altar y de todas las potestades de la iglesia.

Es raro no encontrar alusiones á los odiados Bonapartes, cuando se leen los libros, los folletos, los versos, los discursos eclesiásticos de la época. Es en unos verdadero odio; es en los más, un odio retórico, fingido, imitativo; un odio nacido á veces, es cierto, del más sincero patriotismo al considerar invadida la madre patria; del más puro sentimiento, al considerar ultrajadas las creencias religiosas; del temor más fundado al pensar que se iba perdiendo el dominio español en las Américas, barrenado por los agentes secretos ó por las proclamas napoleónicas que invitaban á los colonos para que fuesen libres.

Y esos odios nacidos del miedo y lejos de los odiados personajes, eran infantiles é inocentes, porque no causaban daño á éstos, ni en los cafés pasaban de disputas más ó menos acaloradas. Esos odios no apagados y sí avivados por las autoridades imprudentes ó por los peninsulares orgullosos, acrecentaron, sin embargo, otro odio más temible, un *odio real*, que en 1810 iba á hacer explosión devastadora: el odio á los tiranos y ambiciosos: que para los criollos, mestizos y demás castas del Reino de la Nueva España, lo mismo era que aquellos déspotas ó dóciles gobernantes se llamaran Napoleón ó José Bonaparte, que Fernando VII ó Carlos IV.

CAPÍTULO SEGUNDO

TIPOS, TRAJES Y COSTUMBRES

I

La indumentaria de 1810.

¡De 1810 á 1910, cuánta ha sido la transformación de la ciudad de México, del México que alcanzaron á ver nuestros abuelos!

¡Cuántas cosas de ese México, del México de hace un siglo, han desaparecido para siempre! Los acueductos de Santa Fe y Chapultepec, de arcos toscos, destilando agua por las grietas, y que remataban en fuentes hermosas y monumentales; las fuentes públicas embutidas en los muros de los edificios ó construidas en los centros de las plazas; las cruces de piedra en los ángulos de los cementerios de los templos; las esculturas de los nichos, en las esquinas de las casas, representando milagrosas vírgenes, castos patriarcas, santos barbudos ó mitrados; los hospitales, que fundaba la caridad privada, de largas galeras en donde se veían lechos ocupados por gente pobre y dolorida; los hospicios de niños y niñas, que abandonaban sus padres, ó huérfanos porque la muerte se los había arrebatado; los hospicios, donde se hospedaban misioneros que habían predicado en lejanas provincias, ó que

iban de una á otra por negocios de la orden; los mesones y hospederías de caminantes ocupados en el comercio, de arrieros, de estudiantes ó de individuos, célibes y sin familia; los chisporroteos de lamparillas, ante las estampas de imágenes de piedra; los ruidos de coches y carretas, al rodar en los paleolíticos empedrados; las campanas, alegres en las fiestas, suplicantes en las rogativas públicas, de hambres, pestes ó por temores de que la flota ó la *nao de China*, pudiese haber sufrido alguna tormenta ó naufragado en turbulentos mares: fúnebres en los dobles, por muertes de monarcas ó reinas, de príncipes ó infantes, de arzobispos ó virreyes: pausadas, cuando invitaban al descanso y lentamente imponían silencio con el toque de la *queda*... Todo esto, y más, poco á poco ha desaparecido en el largo transcurso de una centuria; largo para nosotros, pero brevísimo segundo en el infinito período de los tiempos...

Y si de las cosas inanimadas, pasamos á la gente ¡cuántas transformaciones en un siglo! ¡qué cambios tan completos en trajes y costumbres! ¡qué metamorfosis en los tipos populares!

Todavía conocimos á muchos viejos, restos vivientes de aquel antaño, que comenzó á desmoronarse en 1810 con el grito de libertad, lanzado allá en la parroquia de Dolores! Cuando esos buenos viejos, rugosos y venerables como los ahuehuetes canosos de heno, referían cosas de su niñez ó juventud, les parecía oír las voces de las monjas, entonando sus cánticos bajo las bóvedas de los coros conventuales; se imaginaban ver á los frailes de cerquillo ó calada la capucha; á los vetustos alabarderos de la guardia del Virrey, creada en la remota fecha de 1568; á los orgullosos y estirados oidores, de gollillas y garnachas, y á los temidos y crueles inquisidores, con sus veneras en los trajes; á los doctores de la Universidad con capelos y borlas, blancos, verdes, rojos, amarillos y azules, según fueran graduados en teología, en derecho canónico, civil, medicina ó filosofía; á los abogados con las togas y á los escribanos con las capas y tinteros portátiles, de encorvados cuernos; á los alguaciles con las vacilantes linternillas y las altas varas, insignias de su mando; á los legos en pos de pacíficos pollinos, cargando en las angarillas, portadoras de limosnas, manojos de gallinas ó de pollos, frutas, sabrosos quesos ó tortas de pan blanco, caliente y apetitoso...

Todavía hace pocos años vivían muchos que alcanzaron los tipos supervivientes al año secular de 1810. ¿Pero, ahora, en dónde está la china poblana de enaguas bordadas con lentejuelas, raso verde ó blanco en las caderas, y rojo castor en el resto de la falda? ¿Qué se hizo la escanciadora incitante, que en los floridos puestos de los arca-

cos portales, brindaba en jícaras ó vasos cristalinos, aguas frescas, dulces y



LA CHINA

aromáticas, de limón, naranja, piña, ó de chia con horchata, para calmar á sedientos trausentes, sofocados por el calor de la estación ó rendidos por el

cansancio de andar en las procesiones ó de visitar los monumentos de la Semana Santa? ¿Por qué ya no se escucha en las calles, el pregón de las alfajoreas y de los charamusqueros; el lento y gangoso anuncio de las « cabezas de horno »; el ronco grito de las *dos rosquillas y un mamón*, que en la Semana Mayor lanzaba el mercader ambulante, con una larga tabla en la cabeza, repleta de oscuros panes ó de roscas espolvoreadas con azúcar solferina? ¿Yel chillido estridente de la asquerosa *sebera*, prorrumpido en medio de las vías públicas ó en los dinteles de los zaguanes, con gran espanto de los niños?

Todos estos tipos que existieron aún después de consumada la Independencia; antes del saqueo del Parián, de la revolución del cobre ó de la guerra de los pasteles, eran numerosos en 1810; pero hoy nos parecen fantásticos, extravagantes, caprichosos, exóticos, porque en este Siglo de bicicletas y automóviles, de aeroplanos y dirigibles, se les desconoce y se borran para siempre, como todo lo nacional y propio.

II

Trajes civiles y religiosos. — Uniformes del ejército realista y del insurgente

¿Y qué diversidad de formas y de cortes, de colores y matices, de calzados y sombreros, presentaban todos aquellos tipos el año de 1810! Era aquello un guardarropa de vetustos trajes del pasado con flamantes vestidos del presente. Las modas anteriores á la Revolución Francesa, se daban la mano con

las últimas modas de principios del siglo. La miseria y la ostentación de léperos y nobles, y la sencilla indumentaria de indios aborígenes y de petimetres afrancesados, se codeaban en las calles, en las plazas, en los templos. La azteca de falda enredada, de *huipilli* y de *quexquemil*, con la curru-taca de túnico *de medio paso*, de mantilla y de pelo enmarañado, con tantos cintajos y adornos, que hizo decir á un poeta :

Yo no sé, Clori hermosa,
cómo en tu delicadeza
sufres sobre esa cabeza
tanto moño y tanta cosa.
Mas ya lo sé : la mollera
cargada con tanto exceso,
lejos de serte de peso
te la pone más ligera ¹.

Podíanse ver aún en 1810, los viejos casacones bordados, las chupas de colores crudos rojo ó amarillo, y las empolvadas pelucas de coleta, en los hombres; y las faldas amponas, los corpiños ajustados *de cintura de abeja*, y los peinados monumentales, en las damas.

Ahora eran de verse, en señoras y señoritas, los túnicos negros de seda, las mantillas de sargui de Málaga, guarnecidas de terciopelos ó de blondas de Francia, de listones de raso angosto ó de blondas inglesas y anchas ². En señores y señoritos las camisas de Irlanda y de estopilla lisa; las levitas negras de paño de primera, con alama-res; las casacas negras ó azules, con botones amarillos; los chalecos de cotonía de rayas moradas ó blancos y lisos; los pantalones azules, de cotonia ó de casimir; las medias inglesas de

1. *Diario de México*, tomo XII, pág. 457.
2. *Idem, idem*, tomo XIII, pág. 12.

hilo ó las francesas de seda, rayadas, blancas ó rojilladas ¹.

La plebe, léperos, mestizos, mulatos, *chinos* ó *coyotes*, andaba casi desnuda,



LE RANCHERO

como los panaderos, sólo cubiertos con una manta cuando salían á la calle ó iban á la misa; sin embargo, aunque por excepción, los había con camisas y calzones de manta trigueña; con calzones cortos de cuero amarillo y medias de algodón; con chaquetas de indiana y calzón hasta las rodillas y de pana; capotón negro y sombrero de copa de bacín ².

Los campesinos del interior, los *rancheros del Bajío*, los bonachones

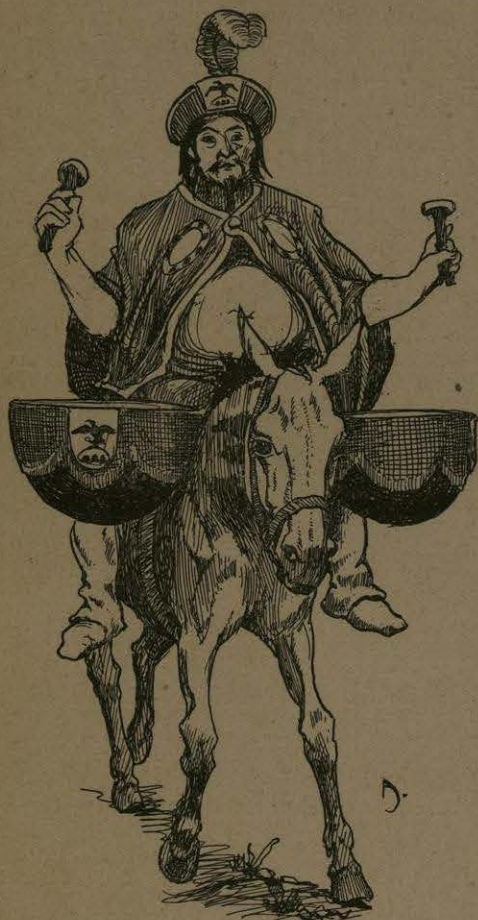
1. *Idem, idem*, el mismo tomo, pág. 156.
2. *Diario de México*, tomo XIII, págs. 20 y 88.

y ricos hacendados, iban caballeros en hermosos *cuacos*. Estos con mantillas más ó menos costosas, con sillas llamadas vaqueras, sencillas, ó con ribetes de plata incrustada, ó de pelo josco, amarillo y negro; con guarniciones coloradas, bordadas de pita de plata y blanca; las cabezadas del freno y bozalillo, guarnecidas también de plata; y las *anqueras*, largas y colgantes de piel curtida con campanillas ó de peludas pieles de chivos, bayas ó negras. El jinete, de traje abigarrado, chaqueta, y calzonera de gamuza : *cachirul* con botonadura de plata, ó chaparreras de zalea pelosa de chivo; espada al cinto; escapulario y medalla, pendientes del cuello, sobre la descubierta camisa, blanca ó de color, de manta ó de cambray; botas de campana, con ricas espuelas de metal fino ó de hierro, pero grandes y labradas; la cabeza, abrigada á modo de montera, con pañuelo de aguas, aquí llamado *paliacates*; y el sombrero ancho de copa redonda y baja, ribeatado con cinta de seda sencilla, ó de galón de plata ú oro, con toquillas de cordones de seda, hilo, plata ú oro, según la fortuna ó gusto del dueño, que como complemento se terciaba al hombro la manga ó el sarape ¹.

El clero alto y ostentoso, que disfrutaba de rentas y sueldos pingües, vestía con lujo y riqueza, pues aparte de los buenos paños, portaba joyas valiosas por el metal y pedrería, no siendo raro que hasta en las hebillas del calzado hiciera derroche de perlas y diamantes finísimos. En cambio *el clero bajo*, que vivía en los pueblos, en los

1. Para hacer esta descripción he tenido á la vista grabados antiguos de la época.

villorrios ó en las aldeas, los curas pobres y humildes, que subsistían sólo de limosnas voluntarias ó de aranceles mezquinos, vestían, en general, zapatos corrientes, calzón corto, chupa y chaqueta de un género de lana que



EL TAMBORILERO

(De una acuarela de la Biblioteca Nacional de México).

venía de China, llamado *Rompecoche*, capote de paño negro, sombrero redondo y bastón grande para apoyarse. Este traje fué el que usó casi siempre en el pueblo de Dolores el Cura Hidalgo¹.

1. Alamán, *Historia de México*, tomo I^o, pag. 354, nota 11.

Los trajes especiales de algunos eran como á modo de uniformes. Los tenían, el pertiguero de la Catedral, los maceiros de la Universidad Pontificia y del Ilustre Ayuntamiento; y los colegiales con su manto y beca, de colores distintos, según fueran del Seminario ó de Letrán, de Santos ó de San Ildefonso. Los clarineros y timbaleros que salían en el famoso paseo del Pendón, el día 13 de Agosto de cada año, iban montados en sendas mulas, con trajes típicos, y con los escudos de México en los tímboles y en los clarines.

Los Regidores de la Nobilísima Ciudad usaban en las ceremonias solemnes casaca y calzón azul, collarín, vuelta y chupa blanca y solapa del mismo color, por privilegio y distinción de las otras ciudades; bordado todo al canto, y en el pequeño uniforme galón de oro y botón con una corona y leyenda que decía: « Imperial Ciudad de México¹ ».

El ejército de la Nueva España se distinguía por su vestuario vistoso. Desde el Virrey, que era el Capitán General, hasta los Mariscales de Campo y Brigadieres, llevaban lujosos uniformes de paños de primera, ricamente bordados con hilos de oro fino.

El Capitán, Subteniente, los tres Cabos y los veinte Alabarderos, que constituían la *Guardia del Excmo Sr. Virrey*, vestían casaca ó calzón azul, chupa y vuelta encarnada, botón y alamares de plata, y los Oficiales galón en las costuras².

Los *Cuerpos Veteranos de Infantería* usaban uniformes compuestos de casa-

1. *Calendario Manual y Guía de Forasteros en México, para el año de 1810*, por Don Mariano Zúñiga y Ontiveros, pag. 105.

2. *Idem*, pag. 178.

celeste; las vueltas y solapa chicas, encarnadas; el botón blanco, el chupín y el pantalón de lienzo, por el temple caluroso de la región, y el sombrero redondo, de copa alta, con una ala levantada, y su correspondiente escarapela¹.

Los uniformes del *Real Cuerpo de Artillería* fueron los mismos que usaban los soldados de la Península. Los *Regimientos Veteranos de Dragones de Caballería*, unos llevaban casacas y otros cha-

1. *Guía de Forasteros*, ya citada, pag. 179.



EL CLARINERO

(De una acuarela de la Biblioteca Nacional de México).

cas y chupas, azules ó blancas, y calzón corto de los mismos colores, distinguiéndose por los botones blancos ó dorados, y por el color de las vueltas, collarín y solapas; por esto el pueblo llamaba « los verdes », á los soldados del *Regimiento de la Nueva España*, que usaban vuelta verde sobre casaca blanca; « los colorados », á los del de México, por llevar vivos de este color; y « los morados », á los del de Puebla, pues morados eran el vivo, el collarín y la vuelta de sus casacas blancas¹.

Distinto fué el uniforme del *Batallón Fijo de Veracruz*, pues la casaca era corta y azul

1. Alamán, *Historia de México*, tomo I^o, pag. 78, nota 58.



UN GRANADERO

(De una acuarela de la Biblioteca Nacional de México).

quetas; unos chupas y otros chalecos; unos pantalón con medias botas y otros calzón corto con medias; capas todos, y sombreros de alas cortas, galones al rededor de la copa, y plumas. Los colores predominantes, como en la infantería, eran azules, encarnados y blancos. Las *Compañías Fijas de blancos ó pardos*, según la raza ó casta á que pertenecían los soldados, que existían en las costas del Norte y Sur de Nueva España, usaban el traje propio del país, distinguiéndose del paisaje por las escarapelas encarnadas fijas en el ala levantada de los sombreros redondos, y por las Armas Reales que en un pequeño escudo tenía la manga derecha de los uniformes¹.

El ejército insurgente improvisado por Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo, Jiménez y demás caudillos de 1810, no era propiamente un ejército, pues mezclados iban en él, soldados que habían pertenecido á las tropas uniformadas de la Nueva España, y chusmas de caporales, de mayordomos y de peones de las haciendas de campo, que se habían unido voluntariamente á los jefes de la independencia nacional. Pero la tal *chusma* — como ya lo dijimos en otro libro² — formada de campesinos semi-desnudos ó vestidos de cuero, calzando botas de campana ó *huarachas*, con sombreros anchos de palma ó de fieltro, entoquillados ó galoneados; y armados de toscos chuzos y garrotes, de encorvados machetes y largas picas ó lanzas, de viejos arcabuces ó airosas hondas, de flechas voladoras y arcos

1. *Idem*, pags. 181 á 192.

2. Fulgencio Vargas, *La Insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato*, Prólogo, pags. 14 y 15.

de tirantes cuerdas; era *chusma* pintoresca por la misma desigualdad de los colores chillones de sus trajes, que confundidos dejaban percibir, empero, las casacas azules de los uniformes de los regimientos pronunciados y los rojos *jorongos* de las *peonadas* de las haciendas; los capotes militares y las mangas ó sarapes de San Miguel ó del Saltillo; los guiones y banderas, gualdas y rojas, de los cuerpos, y los estandartes improvisados, azules y blancos, en los que á modo de escudo ó enseña, resaltaba la imagen querida de todos, la Virgen de Guadalupe, venerada por aquellas turbas de criollos, mestizos é indígenas.

Cuando el ejército ó *chusma* estuvo en Acámbaro, se hizo allí la gran promoción « nombrando al Sr. Hidalgo *Generalísimo*, á Allende *Capitán General*, á Balleza, Jiménez, Arias y Aldama, Tenientes Generales y á Abasolo, Ocón y á los dos Martínez, *Mariscales de Campo*, « con cuyo motivo hubo misa de gracias y *Te Deum*, repiques y salvas, y después se pasó una revista al ejército ». Entonces ya los jefes insurgentes usaron uniformes especiales.

Hidalgo, como *Generalísimo*, llevaba vestido azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de plata y oro; tahalí negro, también bordado, y todos los cabos dorados, y colgada al pecho una imagen de oro de la Virgen de Guadalupe.

El uniforme de *Capitán General*, que vestía Allende, consistía en chaqueta azul, collarín, vuelta y solapa encarnada, con galón de plata en las costuras, y un cordón en cada hombro, que dando vuelta en círculo se juntaba

por debajo del brazo, con botón y borla colgando hasta el medio del muslo.

El mismo uniforme tenían los *Tenientes Generales*, los *Mariscales de Campo* y los *Brigadieres*, señalándose los primeros porque sólo llevaban un cordón á la derecha, los segundos á la izquierda, y los últimos, á más de los

tres galones de Coronel, uno bordado muy angosto. Los demás oficiales insurgentes tenían las mismas divisas que los del Ejército realista¹.

1. *Relación que hizo al Virrey Venegas el Coronel D. Diego García Conde, de todos los sucesos ocurridos en el ejército de Hidalgo desde el día 7 de Octubre... hasta el 7 de Noviembre (de 1810)*. — Alamán, tomo I, Documento Número 18, pags. 59 y 60.